

cer cumplir el convenio de todos los tratados.

X En este estado las cosas, el gobierno de Juarez ó el congreso nacional, dió un decreto ó una ley por la cual se suspendia el pago de los intereses de la deuda de las naciones extrangeras, medida que afectaba ya á la Francia y á la Inglaterra. Llegó esta noticia á Europa; se nos comunicó de Paris; pero se nos comunicó con una postdata, en la que se decia que Francia é Inglaterra iban á ponerse de acuerdo para exigir de México satisfaccion, sin contar con nosotros.

La contestacion á ese despacho fué enviar al capitan general de la isla de Cuba las órdenes terminantes para que la expedicion se preparara, saliese en el menos tiempo posible y exigiera satisfaccion de los agravios recibidos del pueblo mexicano. Desde el momento en que otras naciones que habian recibido los agravios se preparaban á ir despues que nosotros, y se suponía que no contaban con nosotros, era preciso que nuestra bandera, que nuestras tropas fueran las primeras que se presentaran allí.

↳ Pero aquí debo hacerme cargo de un incidente que habia ocurrido, incidente satisfactorio para la nacion española, pero que habia producido una gran alarma, no solo en los Estados americanos, sino aun en las potencias de Europa: tal habia sido la incorporacion de Santo Domingo á la monarquía española. Este hecho se habia creído como el principio de un plan preconcebido para ir haciendo sucesivamente lo mismo con todas las que habian sido posesiones españolas; y como coincidía con los aprestos de la expedicion á México, se podia creer allí, lo mismo que en Europa, que nosotros teniamos proyectos de conquista al llevar nuestras armas para vengar agravios que nos habia hecho la nacion ó el gobierno mexicano. Nosotros teniamos que tomar esto en cuenta; ¡y fuimos acaso, como ha dicho el Sr. Bermudez de Castro, á mendigar el auxilio de las otras dos potencias para ir á México? No, Sr. Bermudez de Castro: los ministros que nos sentamos en este banco, no abrigaríamos nunca la idea de ver por los suelos la dignidad de la nacion española.

Nosotros dijimos á nuestro represen-

ante de Paris y de Londres: "Vámos á México porque tenemos agravios que vengar; pero no abrigamos ningun pensamiento de conquista. Como la Francia y la Inglaterra tienen al mismo tiempo agravios que vengar, estamos dispuestos á ir con ellas, si quieren; pero tengan entendido que nosotros, juntos ó solos, vamos allí, y que hemos dado ya todas las disposiciones necesarias para que nuestra expedicion salga."

Las negociaciones continuaron, y dieron por resultado el tratado de Londres. Aquí, señores, se ha hablado mucho de despachos de nuestro embajador, de comunicaciones de los ministros extranjeros y del proyecto de convenio que presentó la Inglaterra.

Pero yo me descarto de esos documentos, porque cuando dos ó tres potencias tratan sobre un asunto cualquiera, no es posible que desde el primer momento haya tal homogeneidad de ideas, que todos piensen lo mismo, claro está que ha de haber divergencias; claro está que ha de haber diferencias entre los plenipotenciarios. Pero ¿para qué son las conferencias? Para llegar á un acuerdo. Y cuando ese acuerdo se

ha convertido en un tratado solemne, cuando ha sido ractificado por las naciones que en él han tomado parte, ¿qué es lo que obliga? ¿Las comunicaciones que han mediado, ó el tratado solemne que han reconocido estas naciones? Por consiguiente, yo no me hago cargo de las comunicaciones, ni de nada de lo que ha mediado: me valgo solo y únicamente del tratado de Londres.

Salió nuestra expedicion de la Habana, y salió antes de tiempo: fué esta, señores, una contrariedad; pero no una contrariedad por la cual haya hecho cargo alguno el gobierno de S. M. al digno capitán general de la Habana. Hay que tener en cuenta, y creo haberlo dicho ya en el otro cuerpo, que cuando se firmó el tratado de Londres no se fijó el punto de reunion de las escuadras; se creyó que serian mas á propósito las mismas costas mexicanas; la Francia dió inmediatamente orden á sus buques para que salieran en los cinco primeros dias de Noviembre, fijándose la atencion en las Bermudas primero y en la Habana despues, á petición del embajador de España en Paris. La eleccion de este último punto, fué posterior

en unos días, á la firma del tratado de Londres; pero el capitán general de la isla de Cuba que se encontró con el tratado, que se encontró con las instrucciones del gobierno, que tenía lista la expedición y que creyó que la reunión era en las costas mexicanas, hizo una cosa, en la cual tenía razón, y yo le apoyo, que fué procurar que llegásemos los primeros, lo cual para nosotros era cuestión de honra.

Respecto á la Francia y á la Inglaterra nadie creeria que no tenían medios para ir; pero en España, ¿qué no se hubiera dicho por las oposiciones, si hubiéramos tenido la desgracia de llegar á Veracruz cuando hubiese estado ocupado por las tropas extranjeras?

Salió, pues, nuestro plenipotenciario el comandante en jefe para Veracruz. El gobierno de S. M., conforme con el espíritu y la letra del tratado de Londres, le dió sus instrucciones para lo que debía hacerse en México. Nuestras tropas, entre tanto, habían llegado á la vista de Veracruz, habían hecho á la plaza la intimación correspondiente, y mientras desembarcaban, la plaza había sido evacuada.

Se ha dicho por el señor marqués de la Habana que ese hecho se debió á la fuerza moral que llevaba, por ir en representación de las tres potencias. Yo creo que se debió al prestigio de nuestras tropas, al temor de nuestros buques y de nuestros cañones, mas que á otra cosa.

Pero si fuera verdad lo que su señoría dice, eso vendría á confirmar la idea que los gobiernos tenían de que era imposible la resistencia á la reunión de las tres banderas, de la Francia, Inglaterra y España, sobre las costas mexicanas. Llegaron las tropas que formaban alianza con nosotros, y fueron tratadas por las españolas con la cortesía correspondiente. Nosotros habíamos sido los primeros en llegar; nos tocaba hacer los honores; las tropas españolas dejaron los cuarteles; se fueron á acampar, y dejaron á franceses é ingleses los edificios que hasta entonces habían ocupado las tropas españolas.

Y aquí, señores, viene una cosa grave: para mí el primer hecho que ocurrió entre los plenipotenciarios es el que ha decidido de todo el éxito de la expedición. Las instrucciones prevenían

terminantemente que los plenipotenciarios pasasen al gobierno constituido un *ultimatum*, en el cual estuviesen fijadas perfectamente las reclamaciones de los agravios, las satisfacciones que exigía cada nacion por ellos, y la indemnizacion de los gastos y daños causados; ese *ultimatum* debia naturalmente ser aceptado en un plazo breve.

Y aquí voy á hacerme cargo de lo que se ha dicho sobre si hemos ido en paz ó en guerra. Hemos ido á imponer á México, no á discutir con él las condiciones. ¿Las aceptaba? Sea en hora buena. ¿No las aceptaba? El cañon haria que se aceptasen. Pero, señores, por una fatalidad surgió el desacuerdo entre los plenipotenciarios precisamente en el momento mas solemne, en aquel en que debian convenir en el envío del *ultimatum* á Juarez. Pero toda vez que lo que pasó se ha referido por el señor ministro de Estado, y me parece que por algunos señores senadores, por lo cual no repetiré lo que el senado sabe, pregunto ahora: ¿fué culpa del gobierno español, fué culpa del plenipotenciario el hecho fatal para la expedicion de no enviar el *ultimatum*? Creo, señores,

que los mayores adversarios del gobierno no podrán decir que fué culpa de éste ni del plenipotenciario español; la divergencia fué entre el plenipotenciario francés y el inglés. Y si se me pregunta quién tenia razon, yo diré que la tenia el plenipotenciario francés. Veán los señores senadores hasta qué punto llevo yo mi imparcialidad. Nos otros íbamos á México á exigir satisfacciones y á sostener colectivamente, con las otras potencias, las reclamaciones de cada una; no nos tocaba examinar las razones de las demas, como no hubiéramos permitido que se examinasen las nuestras.

Si habia exceso, y yo declaro que lo habia, si habia exceso en las demandas, de eso debia responder la nacion en cuyo nombre hablaba su representante, eso seria juzgado en su dia por el mundo; pero no debieron negarse á sostenerlas colectivamente, puesto que así estaba consignado. Pero ¿esto fué culpa de nuestro plenipotenciario? Aunque hubiera querido acceder, ¿habria podido impedir que se rompiese el convenio inmediatamente? No; porque el plenipotenciario inglés declaró terminante-

mente, que él no se hacia solidario de una reclamacion que consideraba excesiva. ¿Cuál era entonces la posicion del plenipotenciario español? ¿Cuál fué el papel que representó? El único que podia representar: el de mediar para evitar un rompimiento desde el primer momento en que pisaban las playas de México. Pero, despues de todo, sucedió lo que no podia menos de suceder, que el *ultimatum* no se mandó y quedó aplazado indefinidamente, mientras esperaban nuevas instrucciones de los gobiernos respectivos: por consiguiente, entramos en una série de sucesos que no se podia prever.

Entre tanto, las enfermedades diez-maban las tropas aliadas; era preciso salir de aquella situacion, pues que habia de pasar un tiempo indefinido, en lugar de una expedicion corta como debia haber sido; era preciso escogitar los medios mas á propósito para que las tropas no pereziesen; y de aquí las negociaciones para salir de aquella situacion.

Vino el convenio de la Soledad. Mucho se ha hablado aquí de si ese convenio habia sido aprobado ó rechazado.

El gobierno lo ha declarado ya; el gobierno lo aprobó haciendo observaciones acerca de varios de sus artículos; y por cierto que alguna de esas observaciones recaia sobre uno que precisamente era el que traia una segunda parte al tratado, otro plazo indefinido; era el que marcaba para el 15 de Abril la apertura de las conferencias. Y aquí conviene advertir que tampoco esto fué culpa del plenipotenciario ni del gobierno español; fué culpa del plenipotenciario francés, segun él mismo lo ha declarado en las actas de Orizava.

Pero sea como quiera, yo no doy gran importancia ni á la aprobacion ni á la desaprobacion del tratado de la Soledad. ¿Y saben los señores senadores por qué? Porque no tuvo influencia ninguna, ni la desaprobacion del gobierno francés, ni la aprobacion del gobierno español en lo que pasó en Orizava: los plenipotenciarios no lo supieron hasta quince dias despues de haber concluido la conferencia de Orizava: por consiguiente, eso no tuvo, repito, influencia ninguna en su resultado; ni la conducta de los plenipotenciarios extrangeros, de que voy á hacerme cargo, ha tenido por

Apoyo el haber dicho: hemos sido desaprobados por nuestros gobiernos, y tenemos que obrar de una manera muy distinta.

El momento en que se ponian las tropas en marcha coincidió con la llegada del general Almonte. Se ha dicho por el Sr. Bermúdez de Castro, ó por el señor marqués de la Habana, no recuerdo en este momento por quién de los dos, que se habia dado mucha importancia á Almonte, al suponer que éste habia sido precisamente una de las causas del rompimiento entre los plenipotenciarios.

Almonte

* Sí, señores; yo le doy una grande importancia á Almonte, porque creo que ha contribuido poderosamente á la mala inteligencia que se llegó á establecer entre los plenipotenciarios, y que produjo el rompimiento de Orizava. Almonte habia contraido compromisos en Europa; habia hecho ofrecimientos superiores á sus fuerzas, y no solamente no contaba con medios de vencer al partido de Juárez, sino que el mismo partido conservador no le reconocia como su gefe, no le queria aceptar como tal, y le ha declarado traidor. En com-

probacion de esto, el senado me permitirá que lea una comunicacion del ex-presidente Zuloaga, por lo cual se verá lo que decia el que se llamaba gefe del partido conservador en México, el que estaba con las armas en la mano contra Juárez cuando llegaron los aliados, y el que con otros generales abandonó la República mexicana en el momento en que Almonte fué proclamado ó nombrado gefe del gobierno provisional en México. Esta comunicacion me ha sido dirigida desde la Habana, en los términos que va á oír el senado:

“Habana, Agosto 14 de 1862.—Muy respetable señor duque: X

“El que suscribe, presidente electo por la voluntad espontánea de la República de México, y que á consecuencia de los acontecimientos políticos ocurridos últimamente en su país se haya de paso en esta ciudad, tiene el honor de elevar á V. E. la presente nota, que juzga el infrascrito conducente al futuro bienestar de su desgraciado país, envuelto hoy en los vaivenes penosos de la anarquía, y los sensibles des-

acuerdos que se han originado con algunas potencias de Europa.

“Hoy que la Francia se prepara para llevar en mayor escala la guerra á México, cree el infrascrito conveniente que la voz del partido conservador, representado por su gefe, se haga oír del gobierno de S. M. C., porque esa voz, que es la de la paz con los gobiernos europeos, es mas directamente la voz de union que debe entrelazar los padres con los hijos, y la que debe estrechar mas y mas cada dia sus relaciones amistosas de gobierno.

“México no se halla solo unido á España por la tradicion, por la raza, por el idioma y por la religion; unenlos mas todavía, su identidad de intereses en América: conservar la preponderancia de raza en ella, es decidirse á conservar en seguridad las posesiones españolas; lo contrario, es exponerse á perderlas, sea que los Estados Unidos se pacifiquen, y vuelvan los ojos á sus añejas miras, ó sea porque Juarez con siga exterminar en México á todos los blancos.

“La preponderancia del elemento conservador en México, es lo único que

61
61
puede encaminarlo á un futuro próspero y estable.

“La demagogia debe verse allí tan inaplicable como el pensamiento de Almonte; tan ruinosa una como absurdo el otro; el caos es lo único que puede esperarle.

“Visto Almonte como un traidor, y abandonado á su suerte por el partido en quien creyó encontrar apoyo, no se puede hacer otra cosa que aplazar la cuestion política, tomar en las manos la bandera nacional y hacer la guerra. A favor de tan patriótica demanda, el partido conservador va á unirse todo, se levantará mas fuerte que nunca, y, lo mismo que antes, estará á la expectativa de sus viejos amigos. Ojalá la experiencia les haga conocer que se equivocó la España al enviar un apoyo moral á Juarez.

“La intervencion fué y es deseada en México. Reanúdese el tratado de Londres, y vuelva á México la accion combinada de la Europa, que la España hallará la vía mas espedita y mejor preparada.

“Si V. E. estima oportunas estas ideas, que el partido conservador de México ha creído conveniente manifes-

*Almonte
Traidor*

lar al gobierno de S. M. U., y dando cuentas de ellas, fuesen tomadas en consideracion, sírvase V. E. agregar la expresion de mi gratitud.—Félix Zuñiga.”

Por este documento, firmado por el que se titula jefe del partido conservador de México, toda vez que ha estado con las armas en la mano contra Juárez, se viene en conocimiento del modo como fueron recibidos los planes del general Almonte, y de la influencia que éste ejercia sobre ese mismo partido.

Ya que de partidos se habla, voy á ocuparme de las apreciaciones que aquí se han hecho respecto de los partidos en América.

La República de México, desde que se declaró independiente, ha pasado casi por mas revoluciones que años se cuentan desde su independenciam. En esas revoluciones no ha prevalecido otro principio, otra idea, que la de mandar. Es verdad que allí se agitan dos partidos, de los cuales el uno se llama federalista, y el otro centralista; pero tambien es verdad que los hombres políticos de aquel país, (si es que merecen

tal nombre los hombres que han mandado en México) que han figurado en todas las revoluciones, han pertenecido indistintamente á cualquiera de los dos partidos. Sin ir mas léjos, voy á citar un ejemplo para demostrarlo. Uno de los hombres mas importantes de México, que ha ocupado cuatro veces la presidencia de la República, y que á pesar de ser el hombre que mas vale en opinion de los mexicanos, se halla actualmente emigrado, el general Santa-Anna, ha figurado en todos los movimientos y revoluciones de aquel país, durante muchos años, al lado del partido federalista ó centralista indistintamente. Tres veces ha estado emigrado y ha vuelto al poder; una vez llamado por los centralistas cuando se encontraba en San Thomas, y otro por los federalistas ó los rojos cuando se hallaba en la Habana. De modo que allí no hay verdaderos partidos; allí no hay mas que el deseo de mandar.

partidos de México

X No estoy, pues, enteramente conforme con la apreciacion que mi amigo el Sr. conde de Reus ha hecho del gobierno de Juárez. Yo creo, y permítame su señoría la expresion, que es una espe-

de sarcasmo el llamar liberal á ningún partido de los que en México se disputan el poder. Allí no hay mas que anarquía; allí no hay mas que dictadura con una tiranía horrible; allí no hay mas que proscripción para los vencidos; allí no escriben mas que los vencedores; eso no es partido liberal; eso no lo puedo yo considerar como tal; eso en Europa no merece semejante nombre.

Pero hay mas: Juarez como mexicano tiene para mí una mancha que jamas podrá borrar. Juarez ha firmado un tratado por el cual vende á los Estados-Únidos dos provincias á título de prenda por dos años, en garantía de un empréstito. Eso no se ha llevado á cabo, porque el senado de Washington ha desechado el convenio. Esa es una mancha que no sé cómo mirarán los mexicanos; si yo fuera mexicano, no se lo perdonaria jamas.

Pero prescindiendo de eso, entre Juarez y nosotros existe un abismo: hay agravios, hay ofensas, y mientras esas ofensas y esos agravios no se venguen, no puede haber amistad entre el gobierno de la nacion española y el gobierno de Juarez.

Texas y California

He manifestado antes que no hay en México partido liberal, y permítame el general Concha decir que tampoco hay partido conservador. Conservador ¿de qué? ¿Qué hay que conservar en aquel desgraciado país? ¿Hay allí alguna institucion que conservar? Allí nada existe: aquel país está en decadencia hace cuarenta años, y durante ese periodo ha ido perdiendo cuanto le dejamos los españoles, sin haber creado, sin haber fundado nada; y siento decirlo, en mi concepto está condenado á una anarquía que lo consuma, y que mas tarde ó mas temprano quizá termine con la pérdida de su independencia.

Pues bien: el general Almonte se presentó en el cuartel general de los aliados. Encontró allí la respuesta que debia esperar del representante de la reina, en un todo conforme con las terminantes instrucciones que le habia comunicado el gobierno. Quería llevar á cabo su plan; pero comprendiendo que nosotros, léjos de prestarle ayuda, íbamos á ser un obstáculo á la realizacion de su propósito, trabajó desde aquel momento para establecer la division, que no habia existido hasta entonces

entre los plenipotenciarios franceses y el de España é Inglaterra.

Nuestras tropas fueron á Orizava, y las francesas creó á Tehuacan, y desde aquel momento cesó la cordialidad entre los plenipotenciarios.

No tengo necesidad de referir al senado la historia de lo sucedido despues, porque ya la ha oido, y seria molestarle inútilmente. Yo declaro que consideré contrario al tratado y á la buena armonía el paso dado por los comisarios franceses de declarar roto el convenio ó armisticio de la Soledad, sin contar absolutamente para nada con los plenipotenciarios inglés y español. Eso en mi concepto era romper el tratado; y desde luego aquel día se rompieron las conferencias, puesto que desde aquel momento éstas no fueron mas que una serie de contradicciones y de pugnas: se escribieron cartas, se hicieron declaraciones inconvenientes por los comisarios franceses, y así se llegó paso á paso á la conferencia de Orizava, que dió por resultado imprescindible el rompimiento y el reembarque de nuestras tropas, y por consiguiente, el mal resultado de la expedicion.

Señores, se ha preguntado si no habia otro camino que tomar.

Se ha hablado aquí de cuatro partidos que se presentaban para la solucion de esta cuestion, y entre ellos se ha citado el de que nuestras tropas pudieran ir á México.

Los que esto dicen, ¿han tenido presente el estado en que las cosas se encontraban? ¿Han pensado en la distinta manera que los plenipotenciarios tenían de ver esta cuestion? ¿Han pensado en Almonte, que por mas que se diga, veia malograrse cada dia mas todos sus planes y todo lo que él habia ofrecido? ¿Han pensado las consecuencias de ir nuestras tropas á México con pensamiento distinto, y rotas las buenas relaciones entre los franceses y los aliados? ¿Han calculado todas las consecuencias que esto hubiera podido traer? ¿Han parado la atencion sobre lo terrible que hubiera sido el que por una desgracia de esas que no pueden evitarse, hubiera habido una colision entre las tropas francesas y las españolas?

¡Ah señores! Entonces sí que hubieran sido grandes é inmensos los com-

promisos y las consecuencias que hubie-
ran traído á Europa el resultado de los
acontecimientos de América. Pues bien:
si no se debía ir á México, si no se po-
día á México, ¿se podía permanecer allí?
¿Cómo? A treinta leguas de la costa,
sin caminos, interceptados los convoyes
por espacio de tres ó cuatro meses, ¿se
ha considerado bien cuál hubiera sido
la situación de nuestras tropas y del
gefe que las mandaba? Solo en un caso
hubiera sido posible el practicar esto,
y ese caso es, si al llegar á Veraacruz
nos hubiéramos encontrado una pobla-
cion que ofreciera salubridad á nuestras
tropas, entonces hubiera podido perman-
necerse allí. Pero no siendo esto posi-
ble, porque era lo mismo que condenar
á muerte segura á nuestros soldados,
era indispensable, no podia tomarse
otro partido que el del reembarque de
las tropas.

Prin
* El señor conde de Reus ha hablado
tambien de otro tercer partido: el de
cerrar el paso á los franceses; creo que
su señoría habrá dicho esto por puro
patriotismo y sin reflexionar bien lo
que decia. Las tropas españolas que
habian ido allí con las francesas no po-

dian nunca unirse con las tropas de
Juarez para combatir la bandera fran-
cesa.

Se embarcaron nuestras tropas y vi-
nieron á la Habana. ¿Y cual fué la con-
ducta del gobierno cuando supo esta
noticia? Pesadas todas las circunstan-
cias, considerada toda la situacion á
que las cosas habian llegado en Oriza-
va, creyó que debía aprobar, como en
efecto aprobó, la conducta observada
por su plenipotenciario. El gobierno
creyó, sin embargo de esto, como hoy
sigue creyendo, que el gobierno imper-
rial habia sido ageno á todo lo que ha-
bia sucedido, y que únicamente, sirvién-
dome de una expresion familiar, habia
sido mal servido por todos sus comisa-
rios.

Creimos entonces, como creemos hoy,
en la lealtad del gobierno francés; y por
eso no dijo el gobierno español que el
tratado estuviera roto, sino que se limi-
tó á decir que estaba en suspenso. Si
hubiera creído que los hechos ocurridos
en México eran consecuencia de ins-
trucciones dobles que hubiera dado el
gobierno francés, hubiera dicho clara-
mente que el tratado estaba roto; pero

El 5 de Mayo

70
- 70 -
como no lo creía así, solo dijo que estaba en suspenso.

★ Pues bien, señores: las negociaciones han dado por resultado que la buena inteligencia con Francia no se haya interrumpido. En esta nación se ha creído, y hasta cierto punto con alguna razón, que un incidente desgraciado de sus armas, que tanta gloria tienen, y que por consiguiente nada puede empañarlas; pero que al fin ha sido un descalabro mayor ó menor, les obligaba á llevar á México una fuerza mayor para vengar ese descalabro. España espera tranquila el resultado, y en su día, según las circunstancias, verá lo que debe hacerse, teniendo presente que no se han dado aun las satisfacciones pedidas por los agravios inferidos; satisfacciones que hemos de recibir de una manera ó de otra, de un modo cumplido y satisfactorio. He concluido con la cuestión de México, y voy á decir algo de las cuestiones interiores.

Al ocuparme de cuestiones interiores, recuerdo unas palabras que pronunció mi amigo el señor marqués de los Castillejos, el primer día de esta discusión, hablando de la unión liberal.

07
- 71 -
Señores, con la unión liberal sucede una cosa muy particular. Los ministros que ocupamos estos bancos, somos la nulidad mas completa que ha habido desde que existe en España el gobierno representativo. De su presidente no ha habido ya que decir, pues á pesar de esa mano de hierro que, según el Sr. Alvarez, pesa sobre la prensa, su persona es discutida todos los días. Francamente, no tengo motivo alguno de estar agradecido á los periodistas por el modo como me tratan. Yo no me ofendo, y se los perdono.

Sin embargo de esto, á continuación de esos piropos, de asegurar que soy nulo, que no valgo para nada, y hasta de negarme que sea un mediano general, hasta el punto de que cualquier cabo de escuadra haría mas que yo, dicen: ¡Pero qué hombre tan maquiavélico! En España había unos partidos compactos, unidos, y ese hombre, con un maquiavelismo consumado, ha venido á introducir la perturbación en los partidos, los ha disuelto todos y ha traído el caos. (El Sr. Alvarez pide la palabra para rectificar.)

Señores, ¿cómo se combina mi nuli-